

M. 863  
R.P.

PQ7297  
R46  
D6



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

Esta obra es propiedad del editor, quien perseguirá ante la ley al que la reimprima sin su permiso.

CAPILLA ALFONSINA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.

LIC.  
*Baltazar Pinodas*

LIBRO I.

AUSTRIACAS Y NITARDINAS.

I.

Conoce el lector al hombre mas poderoso, y al mismo tiempo al mas desvalido, de la corte de España. en el año de gracia, de 1668.



ANTES de llegar con nuestra historia á México, necesitamos llevar á España á nuestros lectores, á fin de que conozcan mejor á los personajes que deben presentarse despues en la colonia. Suponemos que el viaje no los fatigará porque ya hemos llegado.

En el año de 1665, por el mes de Setiembre, entregó el alma al Criador, el célebre rey Felipe IV de España, llamado por sus contemporáneos *el Grande*, y dejó por heredero de su reino y estensa monarquía, á su hijo, no menos célebre, aunque por diversas causas, el tímido y fánatico

Cárlos II, conocido en la historia con el sobrenombre, de *el Hechizado*.

Pero D. Cárlos el II era un niño, cuando acaeció la muerte de su padre, y este nombró para rejeta del reino, y tutora de su hijo, á la reina D<sup>a</sup> María Ana de Austria, su esposa, hija del Emperador de Alemania Fernando III.

Así pues, da principio nuestra historia durante el gobierno de Su Majestad la reina gobernadora D<sup>a</sup> María Ana de Austria en el año de 1668.

Era una mañana de invierno, por demás fria y nublada, un vientecillo delgado y molesto recorría las calles de Madrid, sin dignarse siquiera golpear las puertas ó levantar el polvo de las calles, y todos los transeuntes procuraban evitar sus caricias, cubriéndose cuidadosamente el rostro con el embozo de sus capas.

Un jóven esbelto, de grandes y negros ojos, de fino y atusado bigote, pobremente vestido, pero que tenia el garboso continente de un gran señor, caminaba apresuradamente hácia palacio, sin cuidarse del frio ni del viento y no llevando por toda precaucion mas que una capa corta y poco abrigadora.

Cerca ya de la puerta de palacio se encontró con otro jóven que traia la direccion opuesta, y que por lo que descubrirse podia de su traje, formaba parte de la servidumbre de la reina.

—Dios te guarde, Valenzuela—dijo este.

—Buenos dias.—Benavides.—contestó el otro.

—Lijero vas—agregó el primero—¿por ventura no tienes frio?

—Por desventura—contestó Valenzuela—lo que no tengo es capa, que frio me sobra mas de lo que yo deseara.

—Decidor y alegre eres en la desgracia, como en la fortuna.

—Engañome á mí mismo y á la suerte, que ni yo quiero tenerme por infeliz, ni dar á la fortuna el gusto de que crea que sus golpes turban mi natural jovialidad.

—Al fin poeta.

—O pobre, que allá se va todo.

—¿Y á dónde bueno?

—A palacio.

—¿Y á buscar aventuras? Téname que malas te las encuentres.

—Cánsame ya la vida que llevo y prefiero desvanecer mis ilusiones, para volverme á mi tierra, si pierdo la esperanza.

—Mucho te urje la pobreza.

—Y tanto que ayer no tuve ni un maravedí, y es seguro que hoy tendré lo mismo.

—¿Si quisieras entrar al servicio de S. M?

—¿Y en qué clase?

—Quizá te ofendas, pero solo podria conseguirte un destino de palafrenero.

—Benavides, tú olvidas que tengo la cruz de Santiago; yo seré y quizá muy pronto, caballero—mayor.

—¿Es decir, sustituyendo al Marqués—de Castel—Rodrigo?

—Sí—contestó gravemente Valenzuela—eso precisamente.

Benavides, soltó una ruidosa carcajada que no inquietó en lo mas mínimo á Valenzuela.

—Vamos—esclamó—Benavides—todos vosotros los poetas sois iguales, soñais en tesoros cuando no poseis ni un cuarto y os fabricais, en vuestras fantasias palacios y reinos, que se deshacen como el humo á la hora en que sentís el hambre ó el frio.

—Búrlate cuanto quieras, pero lo que te digo sucederá ¿conoces á Hermiges?

—Sí, el astrólogo ejipto ó judío. . . .

—Ese mismo, anoche me ha dicho mi horóscopo. . . .

—Y bien. . . .

—Seré grande.

—¿Cómo?

—No me esplicó.

—Dios lo haga; que te quiero bien, y ya lo sabes.

—Por ahora, soy el hombre mas desvalido de toda la corte; nadie me conoce, nadie me protege, nadie me ayuda.

—¿Eso no se entiende conmigo?

—No, Benavides, si tú fueras poderoso, sé que nada me faltaria, pero téngome creído que tu posision no es ni mediana.

—Tú lo has dicho.

—En fin, voime á probar fortuna.

—¿Pero cuál es tu plan?

—Hasta ahora no tengo ninguno, voy á entrarme á palacio, y ahí veremos lo que sucede,—tengo fé.

—Siempre poeta: adios.

—Adios, Benavides.

Los dos jóvenes se estrecharon la mano; Benavides siguió su camino, y Valenzuela entró resueltamente al palacio.

Aunque el refran dice; que *el hábito no hace al monje*, este refran, en el sentido figurado en que se toma, es una de esas mil mentiras, que á fuerza de ser repetidas, han llegado á contarse entre los evangelios populares.

Valenzuela, con su cruz de Santiago, y su garboso continente, penetró en el palacio de Su Majestad, como podia

haberlo hecho el mismo marqués de Castel Rodrigo, de quien acababa de hablar.

Multitud de nobles y caballeros, invadian los tránsitos y los salones. Aun conservaba la corte aquel aire de grandeza, que supo imprimirle el jénio de Felipe IV, y no asomaban aun los dias en que Cárlos II debia convertirla en un claustro, ó en que Felipe V tendria que empeñar sus alhajas para comer.

Valenzuela, se escurrió por decirlo así, entre todos aquellos grandes señores, sin que nadie fijara en él su atencion, y llegó hasta donde ya no era lícito seguir mas adelante.

Allí, se conversaba á media voz; pero Valenzuela lo oia todo, y conocia á varios de los interlocutores.

—Eran el conde de Peñaranda, el marqués de Aytona, y el conde de Castrillo.

Los tres parecian haberse detenido allí casualmente porque estaban de pié, en medio del salon, y además, como consejeros de la reina, no era probable que se les hubiera detenido en la antesala. La conversacion que sostenian era muy animada.

—Tales cosas estamos viendo,—decia el de Aytona—que á no verlas, pensara que tales como son no pasaban.

—Y sin embargo, señor marqués—contestó el de Peñaranda,—por mengua nuestra suceden.

—¿Y no seria posible encontrar un remedio?—preguntó el marqués.

—Parece imposible—contestó el conde Castrillo—el padre Nitardo cuenta con la voluntad de la reina, y ya lo habeis visto, á pesar de toda nuestra resistencia, ha obligado S. M. al arzobispo de Toledo, D. Pascual de Aragon, á renunciar el empleo de inquisidor jeneral, y ha llegado el

caso de dar hasta carta de naturalizacion al padre Nitardo para que no se le pusiesen dificultades.

—Ciertamente de otra manera no hubiera sido justo, el padre Nitardo, ha nacido en Alemania, y solo un español puede ser inquisidor jeneral.

—Pero es lo peor—dijo el de Peñaranda—que conforme á las disposiciones testamentarias de Su Majestad, (que de Dios goce) el rey D. Felipe, la reina no debe hacer nada sin oir nuestros consejos, y sin embargo, ha venido sin consultarnos, á proveer destino de tanta categoría en un extranjero, que mas mérito para ello no tiene que haber sido siempre el confesor de Su Majestad.

—Preciso se hace ya—replicó el de Aytona—tomar para todo sérias providencias, que el reino se pierde, y aun falta tiempo para que el rey cumpla la edad y entre en posesion de la corona.

—El Sr. D. Juan de Austria—dijo el de Castrillo—está por demás indignado, que mal verá la ruina de la monarquía de su augusto padre, quien con tan esclarecidas hazañas ha inmortalizado su nombre en Italia, señalándose como gran general, español ilustre y dignísimo hijo del gran Felipe IV.

—El Sr. D. Juan de Austria—agregó sentenciosamente el de Peñaranda—sabe lo que hace, y no duda que pronto nos dará el remedio.

—Hombre es D. Juan para eso y mucho mas, que tan sabio se ha mostrado en los consejos del señor su padre D. Felipe IV, como esforzado en los campos de batalla.

Valenzuela, de quien aquellos personajes, hacian muy poco aprecio, escuchaba espantado aquella conversacion: nunca hubiera creído que en palacio mismo, y tan cerca de la

reina, se murmurase, con tal descaro, y quién sabe cuántas cosas mas hubiera oido, pero de repente, la puerta que daba entrada á la antecámara real, se abrió y los consejeros enmudecieron, á la vista de un hombre que por allí salia.

El recién llegado era un eclesiástico, vestido con tal severidad, que nada podia tachar de profano en su traje el cristiano mas escrupuloso, su cabello rubio estaba ya casi enteramente cano, habia en su rostro algo de la inmovilidad de un busto de mármol, y su andar, firme y lento, dejaba adivinar al hombre de voluntad enérgica.

—El padre Nitardo—dijo en voz baja el de Peñaranda, y los consejeros, por el disgusto de verlo, ó por el temor de haber sido escuchados, cambiaron de color.

El padre Nitardo, pasó sin detenerse al lado de aquellos nobles, haciéndoles un frio saludo, al que contestaron ellos con una ceremoniosa inclinacion de cabeza.

Valenzuela, lo miró salir y sin vacilar un momento lo siguió.

—Este es mi hombre—dijo entre sí—quizá logre hablarle, aunque me parece difícil, pues habrá cien que lo esperen en su camino para importunarlo. Ya veremos.

Pero contra lo que Valenzuela esperaba, el favorito de Doña María Ana de Austria, siguió su marcha solo, sin que nadie se atreviera á hablarle.

—Oh! aquí hay misterio—pensó Valenzuela—nadie le habla, ó este hombre esta próximo á caer en desgracia, ó es un ogro; pero á mí no me espanta su fiereza, ni temo su caída, que por mal que me vaya siempre saldré ganando.

El padre Nitardo se habia detenido delante de una puer-

tecilla que habia en uno de los corredores mas solos del palacio, sacó una llavecita, y la introdujo en la cerradura á tiempo que Valenzuela llegaba, quitándose con desembarazo el sombrero.

El padre al verle se detuvo, y no abrió la puerta; miró con altivez al jóven y le preguntó:

—¿Qué se os ofrece?

—Quisiera hablar á Su Excelencia.

—¿Y no sabeis que ni es este el lugar, ni esta la hora en que recibo á los que algun negocio tienen conmigo que tratar?

—Perdone V. E. pero el negocio es urgente.

El padre Nitardo clavó en Valenzuela una mirada tan profunda, que parecia que le estaba leyendo sus pensamientos.

El jóven sostuvo audazmente aquellas terribles miradas; no inclinó siquiera la cabeza.

—Y bien—hablad—dijo por fin el padre.

—Pues señor, llámome Fernando de Valenzuela, hidalgo natural de Ronda: criado fuí de mi señor el duque del Infantado á quien acompañé hasta Roma; mi señor el duque consiguióme la cruz de Santiago y quizá hubiera hecho mi fortuna si la muerte no me lo hubiera arrebatado; en paz descansa, que él se fué como buen cristiano á gozar de Dios nuestro señor, y yo quedéme en este valle de lágrimas, sin mas proteccion hasta este momento, que la de V. E., que estoy seguro de conseguir.

El padre Nitardo no perdía ni palabra ni movimiento de aquel mancebo, que así se atrevía á hablarle.

El semblante fresco y simpático, y el aire caballeroso y marcial del jóven debieron de impresionar favorable-

mente al jesuita porque una sonrisa vaga se dibujó en sus labios.

—¿Y por qué no habeis esperado para comunicarme vuestra historia á que llegue la hora en que acostumbro recibir, y venís á interrumpirme en mis distribuciones?

—E. S. *Venter non patitur dilacionem*—dijo sentenciosamente D. Fernando.

Entonces fué ya una verdadera sonrisa la que se pintó en el rostro del padre Nitardo: el jóven conoció que estaba de fortuna, y continuó:

—Soy, señor, el hombre mas desvalido de la corte; V. E. el mas poderoso, despues de Su Majestad, y puede hacerme feliz, á muy poca costa; quizá podré serle muy útil, mas adelante. . . .quién sabe.

El padre cayó y miró atentamente al jóven durante algun tiempo, despues abriendo la puertecita que tenia delante, dijo á D. Fernando:

—Pasad.

El jóven haciendo una reverencia entró por delante: el jesuita le siguió, y cerró la puerta por dentro.

Como era natural, la corte se dividió, y unos siguieron el partido de D. Juan y otros el del padre Nitardo.

Las damas tomaron tambien parte, y las que seguían á D. Juan de Austria, llamáronse austriacas, y las otras se apellidaron nitardinas.

En los vestidos, en las alhajas, en los peinados, en todo se estableció aquella division, y cada femenil adorno se convirtió en un distintivo de opinion.

La corte era un revuelto mar de intrigas, en el que no faltaban tenebrosas maquinaciones, ni crímenes, mas ó menos conocidos.

La reina, decidida por su confesor, aborrecia á D. Juan de Austria y detestaba á sus partidarios.

Era uno de los dias de mayor efervescencia.

En un aposento inmediato al que ocupaba la reina, conversaban sabrosamente dos de las damas de palacio.

Era una de ellas alemana; sus cabellos lacios y rubios, y sus ojos con el azul del cielo, daban en su fisonomía un aire encantador de dulzura: aquella mujer jóven y bella era el tipo de la hermosura de la raza sajona.

La otra, tambien jóven, tambien hermosa, con su cabello castaño, y sus ojos pardos y ardientes, revelaba en sus facciones el atrevimiento, la audacia, y era una belleza de la raza latina.

Las dos llevaban adornos verdes, y toguillas y pendientes de esmeraldas, como señal de que pertenecian al partido del confesor de la reina, es decir, que eran *nitardinas*.

—¡Pero es posible, Doña Laura—decia la alemana—que hallais entregado ya vuestro corazon siendo aun tan jóven?

—Doña Eugenia—contestó la otra dama—conozco que voy á comenzar á sufrir pero amo á ese hombre.

## II.

En que el lector sabe quienes eran las austriacas y quienes las *nitardinas*.



A corte de Doña María Ana de Austria, rejente del reino de España, estaba profundamente dividida.

Dos personajes, se disputaban el influjo de la reina en la direccion de los negocios públicos. En cuanto al amor de los pueblos, era cosa en que se pensaba entonces muy poco.

Estos dos personajes, enemigos naturalmente irreconciliables uno de otro, eran el padre Juan Everardo Nidhart ó Nitardo, austriaco de nacimiento, jesuita y confesor de la reina desde su niñez, y D. Juan de Austria, hijo natural del difunto rey Felipe IV, gran prior de Castilla, y jeneralísimo que habia sido de los ejércitos durante la vida del rey su padre.

La lucha entre aquellos dos hombres era terrible; pero D. Juan de Austria no habia podido vencer la influencia de su rival y se habia retirado á Consuegra residencia del gran prior de Castilla, acestando desde allí sus tiros al jesuita, y animando á los nobles que por él trabajaban.

—¿Y sabéis ya sus cualidades?

—Sí, D<sup>a</sup> Eufemia, es caballero aragonés.....

—¿Y se llama?

—Su nombre va quizá á escandalizaros, pero os lo quiero decir á vos sola, sola, y suplicándoos me guardéis el mas profundo secreto, nadie sino vos lo sabe en palacio, ¡ah! si llegara á saberse, todos me perseguirían.

—¿Es acaso un malvado? me haceis temblar.

—No, D<sup>a</sup> Eujenia, es.... D. José de Mallades.

—¡Dios nos asista! D. José de Mallades, el mas furioso partidario de el de Austria, su agente, el hombre á quien mas aborrece en Madrid el padre Nitardo....

—¡El mismo, el mismo! ¿Es verdad, D<sup>a</sup> Eujenia, que soy digna de compasion?

—¡Oh! mucha compasion mereceis, porque esos amores os van á costar muchas lágrimas, D. José de Mallades trabaja incesantemente á favor de D. Juan de Austria, y si por una desgracia, y vos misma lo habeis oido, llegara á descubrirse algo, S. M. ha jurado que le hará dar garrote.

—Por Dios no digais eso—esclamó espantada D<sup>a</sup> Laura tapando con su mano la boca de su amiga—no digais eso, porque la noche que escuché esa sentencia de la boca de S. M. creí morirme.....

—Pero contadme, D<sup>a</sup> Laura, ¿dónde habeis visto á ese caballero? cómo os ha hablado?

—Oidme, pero por Dios no me descubrais, por que sería yo perdida:—ya sabéis que quizá por causa de sus mismos proyectos, D. José, no se ha retirado de palacio como casi todos los partidarios del príncipe D. Juan: una tarde estaba yo asomada á una de las ventanas, y ví pasar debajo de ella á un caballero tan galan, tan apuesto, que me sentí,

sin saber por qué atraída por él—alzó el rostro no sé si por casualidad ó porque yo hice ruido, y me miró, y apesar de que tenia yo los adornos y los colores de las nitardinas, y el vestia los del príncipe, su mirada fué tan dulce, que no me atreví á retirarme.

—Ese fué el mal.

—D<sup>a</sup> Eujenia, no me culpeis, quizá en mi caso hubiérais hecho lo mismo, él se alejaba volviendo continuamente el rostro, y yo ni me quitaba de la ventana, ni dejaba yo de mirarle.

—Estábais ya perdida.

—Lo comprendí, y sin embargo, al siguiente dia, volví al mismo lugar y á la misma hora para ver si pasaba, y el volvió tambien, sin duda para ver si yo me asomaba, así pasaron varios dias.....

—¿Y luego?

—Luego me envió una esquela.

—¿Una esquela? ¿y qué os decia en ella?—preguntó con alegría D<sup>a</sup> Eujenia.

—¡Oh! cosas muy bellas, me llamaba su sol, su aliento, su vida, me juraba amarme eternamente.....

—Debe ser muy dulce ser amada, y recibir una esquela así!

—Es la felicidad, es la vida, ¿nunca habeis amado?

—Nunca; desde niña estoy al lado de S. M. y no he amado nunca.

—Yo no habia amado hasta hoy, y os aseguro que se siente otra vida, una existencia nueva, el corazon se ensancha, y durante el dia, el pensamiento está ocupado en el objeto de nuestro amor, y durante la noche los sueños nos traen su imájen, y su voz, y ya no hay ni un vacio en el co-

razon, ni un momento de fastidio en la existencia: os quiero, D<sup>a</sup> Eujenia, como á mi mejor amiga, y por eso os deseo un galan como vos lo mereceis.

—Pero ¿no os entristece pensar en que ese vuestro caballero pertenece á los partidarios del príncipe?

—Sí, esa idea me hace temblar; pero la dulzura de su cariño me hace olvidar todos los peligros que nos amenazan; que me ame, como yo le amo, y aunque me cueste la vida esta pasion.

D<sup>a</sup> Eujenia miró dulcemente á su amiga, y sonrió.

—Yo quisiera—continuó Laura—que Mallades, abandonara el partido del príncipe, y deseo tener tal influencia en su corazon, que pudiera decidirlo á ello; pero cuando pienso en esto, me ocurre que quizá lo verian sus amigos y sus adversarios con desprecio, y entonces me parece mejor que sufra la suerte que Dios quiera enviarle.

—¿Y si fuera la muerte?

—Mirad, D<sup>a</sup> Eujenia, la muerte de ese hombre seria quizá mi muerte; pero le amo tanto, que preferiria verle morir y perderle para siempre, á tenerle á mi lado sin honra y despojado de esa aureola de gloria que hoy le rodea.

—¿Qué decís?

—Si vos no sabeis lo que es amar, D<sup>a</sup> Eujenia, vos no comprendeis aún esa terrible lucha del corazon: D. José de Mallades, sosteniendo en la corte con valor y con osadía la bandera del príncipe, combatido por todas partes, expuesto á todos los peligros; pero firme, sereno y arrogante á presencia de la muerte que le amenaza, es para mí mas grande, mas noble, mas hermoso, que si libre y tranquilo me ofreciera un amor escento de sobresaltos y temores.

—¡Oh! yo no soy de vuestra opinion, D<sup>a</sup> Laura, yo mori-

ria de pena, si llegase á amar á un hombre como D. José; porque no viviria tranquila ni un instante, porque creeria que ese hombre me olvidaba en medio de sus aventuradas empresas. . . .

—No, D<sup>a</sup> Eujenia, pensaríais que érais vos la que le alentaba, y que en vos ponía su pensamiento en un momento de peligro.

—D<sup>a</sup> Laura—mi carácter pacífico—no me hace digna de ser la señora, de los pensamientos de un caballero andante, os lo confieso, soy capaz de amar con dulzura y con tranquilidad.

—Y yo, adoro á D. José de Mallades por su valor y su audacia.

D<sup>a</sup> Eujenia miró con admiracion á su amiga; aquel arranque de pasion, le parecia una locura.

—Perdonadme si os dejo—esclamó D<sup>a</sup> Laura—pero es la hora en que pasa D. José, y no quisiera por nada dejar de verle.

—Id, D<sup>a</sup> Laura, y que seais tan feliz como yo, le pido á Dios.

Las dos jóvenes se estrecharon las manos con efusion; D<sup>a</sup> Laura desapareció por una de las puertas.

Casi en el mismo momento en que D<sup>a</sup> Laura salia, por el otro lado de la estancia aparecia el padre Nitardo.

D<sup>a</sup> Eujenia se levantó, y adelantándose á su encuentro, le besó respetuosamente la mano.

—¿Estás sola? dijo el jesuita en aleman.

—Sí, señor—contestó D<sup>a</sup> Eujenia, en el mismo idioma—D<sup>a</sup> Laura, acaba de salir en este momento.

—Bien, hija mia; ¿qué hay de nuevo por acá, has hablado con Su Majestad?

—Sí, señor—en la mañana de hoy he asistido á su tocador, y como las damas que allí estaban eran todas españolas, S. M. me habló en nuestro idioma.

—¿Y qué te dijo, hija mía?

—Lo de siempre: S. M. está triste; comprende la enemistad que os tienen estos nobles, y conoce que están orgullosos, porque cuentan con el príncipe D. Juan de Austria. . . .

—Sí—dijo el jesuita con profundo desden— el hijo de la Calderona. . . . .

—Pero S. M. me dijo—que antes consentiría perder el reino, que en abandonar á su confesor,—á su único y verdadero amigo.

—Oye, hija: esta tarde deberé anunciar á S. M. que los franceses intentan sériamente apoderarse del Bravante, y debo yo proponerle que por la Coruña se envíen refuerzos al mando del príncipe D. Juan, porque me importa sacarle de su madriguera de Consuegra y alejarle de Madrid lo mas que se pueda: yo sé que sus partidarios, procuran hacerle creer á la reina, que solo llamando á D. Juan al consejo, podrá disiparse esa tempestad que se agrupa por el lado de los Países-Bajos: es llegado el momento de luchar: la reina se verá atribulada por sus consejeros, el de Aytona y el de Peñaranda son partidarios del príncipe, el Cardenal de Aragon me aborrece porque S. M. me nombró inquisidor mayor, cuando él debia serlo; tú y yo tenemos necesidad de luchar con ellos, y los venceremos, por que tú, hija mía, y yo tenemos toda la confianza y todo el cariño de S. M.

—Creo que no debemos dudar del éxito: además, contamos con buenos amigos y numerosos partidarios.

—Ayer he hecho una soberbia adquisicion.

—¿Alguno de los duques?

—Mejor que eso: es un jóven hidalgo, pobre, y desconocido, se llama D. Fernando de Valenzuela, pero es el hombre que me conviene: jóven y valiente, lucirá entre toda la nobleza, hermoso como un Adónis, será la ilusion de muchas damas, y sobre todo, dotado de un talento clarísimo va á ser para mí, un secretario particular, que dentro de muy poco tiempo podrán envidiarme todos los grandes ministros de Europa.

—Os doy el parabien, señor; ¿vais á presentarle en la corte?

—No, yo no, en la corte se presentará, pero no seré yo quien le presente; quiero que esto se haga, por conducto de una persona que no inspire desconfianzas á los partidarios de D. Juan; para todos debe ser un secreto el que ese jóven es mi protegido; solo así podrá serme útil.

—Comprendo, señor.

—Va ha presentarse la crisis, y es preciso esperarla bien prevenidos: la suma confianza podria perdernos.

—Es verdad, señor.

—Bien, hija mía; no olvides lo que te he dicho, y esta noche te volveré á ver.

El padre Nitardo tendió su mano á D<sup>a</sup> Eujenia que se la besó humildemente, y entró en los aposentos de Su Majestad.

## III.

En el que se verá que en el siglo diez y siete  
había ya hombres que se burlaban de la astrolojía judiciaria.

A noche había cerrado y por una de las  
mas estravia das callejuelas de Madrid ca-  
minaban dos hombres apresuradamente.

No había mas que la luz de las estrellas, por-  
que en aquella noble y coronada villa no hubo  
alumbrado en las calles hasta que estinguida la rama de  
lo monarcas de la casa de Austria con la muerte de Cár-  
los II, entraron á gobernar los Borbones.

Nuestros dos hombres hablaban en voz alta y por esa  
conversacion podremos conocerles, y saber el objeto que  
los llevaba por allí y á tales horas.

—Paréceme, señor de Valenzuela—decia el uno—que no  
estais enteramente convencido de que los tales astrólogos  
no son otra cosa que charlatanes y aventureros, que así  
saben de lo que que pasará en el porvenir, como de lo que  
acontece en los reinos de la luna.

—No podré negaros, señor D. José de Mallades—contes-  
taba Valenzuela—que son en lo general hombres igno-

rantes y charlatanes los astrólogos; pero que hay ocultas y  
misteriosas ciencias, que descubren los arcanos del porve-  
nir es un hecho que la iglesia misma reconoce, y compro-  
bado lo veis en las causas que el Santo Tribunal de la fé  
forma para el castigo de brujos, adivinos, májicos y hechi-  
ceros—¿ereis, señor D. José, que si tales no existieran se  
ocuparia de ellos la Inquisicion perdiendo el tiempo en per-  
seguir quimeras?

—Razon teneis; pero este hombre á quien vamos á ver,  
peligro corre de morir uno de estos dias en la hoguera.

—No, porque la majia de este ha sido examinada por el  
Santo Oficio, y licencia tiene para ejercerla, que dado se la  
ha el señor inquisidor mayor.

—No me parece maravilla que el padre Nitardo, jesuita  
y todo como es, paréceme mas de la compañía del demo-  
nio que de la de Jesus, y solo el favor inmerecido que S.  
M. le dispensa, pudo haberle llevado á un empleo que de  
derecho y por méritos competia al señor cardenal de Ara-  
gon, arzobispo de Toledo.

—Cosas son esas en que yo no entiendo, porque aunque  
nuestra amistad es de ayer, dicho os tengo que vine de mi  
tierra y he vivido aquí sin haber querido presentarme á la  
corte hasta hoy que tengo un gran empeño.

—Abrazar pretendeis el partido del príncipe ó el del pa-  
dre Nitardo.

—Ni uno ni otro, que poco dispuesto me encuentro á  
tomar parte en esas desavenencias; los poetas no tenemos  
vocacion para esa clase de luchas, y solo deseamos un  
monarca como S. M. Felipe IV que nos proteja, nos alien-  
te y nos considere.

—Por mi fé, señor Valenzuela, que hareis en ello perfec-

tamente, porque un mar de intrigas es la corte en el que zozobra el bajel mas poderoso y bien gobernado.

—Y sin embargo, vos....

—Que quereis, se comienza sin sentir, y se concluye sin querer; es un torbellino que arrastra una vez que se haya tenido la desgracia de entrar en él; pero veamos, si no soy importuno ¿qué os obliga á entrar en palacio?

—Caballero sois y jóven, y puedo abriros mi corazon: una dama me atrae, vos que amais á D<sup>a</sup> Laura comprendereis que hay atracciones que son irresistibles.

—Ciertamente, ¿y quién es la musa que vá á inspiraros en la corte?

—Soy tan desgraciado que aun ignoro su nombre y calidad.

—¿Es acaso alguna de las damas de la reina?

—Creo que sí.

D. José reflexionó.

—Es una jóven rubia?

—Sí.

—Alta, esbelta?

—Sí, sí.

—Ah! pero entonces será D<sup>a</sup> Eujenia, una dama alemana, de gran estimacion para Su Majestad.

—Es posible!

—Mala fortuna, os aseguro.

—¿Por qué?

—En primer lugar, porque fama tiene esa señora de insensible, y en segundo porque tan adicta es al padre Nirtardo que no os daria su amor mientras no fuéreis partidario ciego del confesor de la reina.

—Me haceis perder la esperanza.

—No es para tanto; probad fortuna; quién sabe si para vos estaria reservada esa dicha.

—Dios quiera, porque adoro á esa dama; es mi porvenir, mi ilusion única....

—No podeis negar que sois poeta.

—Señor de Mallades, todos los enamorados lo son.

D. José iba á contestar, pero en este momento llegaron á la puerta de la casa del astrólogo.

—Hemos llegado- dijo D. José Fernando de Valenzuela,—entrad.

—No, vos que conoceis mejor el camino—contestó Mallades.

Valenzuela empujó la pesada puerta y penetró en un portal lóbrego y apenas alumbrado por un miserable candil.

Se percibia allí un olor de tierra húmeda, y soplaba un viento frio y encallejonado que hacia vacilar constantemente la llama del candil.

—Horroroso es esto—dijo D. José componiéndose instintivamente el talabarte y llevando la mano á la empuñadura de su daga.

—Como casa de brujo—contestó Valenzuela.

Atravesaron un gran patio, en cuyo fondo habia una puerta por donde brillaba una luz al través de una cortina roja.

Los dos jóvenes se dirigieron á esa puerta, y Valenzuela llegando primero, alzó la cortina y penetró seguido de su compañero.

Era una estancia pequeña, pero ricamente adornada: las paredes estaban tapizadas de damasco encarnado, al rededor habia divanes y grandes almohadones forrados de seda del mismo color, y en el centro una gran piedra ca-

prichosamente labrada, sobre la cual había colocada una gran lámpara de bronce con tres mecheros en los que ardián, tres grandes luces.

Una tupida alfombra persa, ahogaba el ruido de las pisadas.

Sentado en el suelo estaba un esclavo negro que vestía un traje oriental de seda recamado de oro.

Al presentarse allí los dos jóvenes, el esclavo se levantó, cruzó los brazos é hizo una profunda reverencia.

D. Fernando, que debía haber estado allí otra vez, hizo una señal al esclavo, que desapareció por una puertecilla que estaba oculta entre el tapiz.

—Veo que conocéis las costumbres de esta casa—dijo Mallades sentándose.

—Os he dicho que un amigo me trajo como yo os traigo ahora á vos, y él hizo lo que yo ahora hago.

La puertecilla volvió á abrirse, y el negro se presentó haciendo seña de que pasasen los amigos.

—Pasad—dijo Valenzuela—os dejaré solo.....

—No, hacedme la gracia de entrar; no espero que me descubra el sábio, secreto que vos debais ignorar, y advertiros debo que nada creo de todo esto. . . . vamos.

El negro abrió su puertecilla y los dos amigos se encontraron en el laboratorio del astrólogo.

Aquella era una inmensa confusion de armarios y mesas, en las que había vasija y redomas, y retortas, y cajas, y libros, y pergaminos.

Instrumentos de metal de formas estrañas, animales disecados y vivos, esqueletos y cráneos y mómias.

Y todo alumbrado por una lámpara de bronce, tambien de tres luces, suspendida del techo por una cadena.

El astrólogo estaba en pié, en el centro de la estancia; vestía una túnica larga de anchos pliegues ceñida á la cintura por una cadenilla de oro, y tenía en la cabeza una especie de tiara como la de los grandes sacerdotes judíos.

Era un hombre alto, y su larga y espesa barba, completamente cana, le llegaba hasta la cintura; tenía en una mano un gran libro, y en la otra una varita de acebo.

—¿Pretendeis saber vuestro destino?—dijo dirigiéndose á D. José que iba por delante.

—Sí—contestó con resolucion el jóven.

—Hay en el porvenir arcanos terribles y misteriosos, que los débiles mortales tiemblan y desfallecen al conocer: puede asegurarse su ventura pero es mas comun la desgracia, ¿os encontrais con valor para ver en lo futuro?

D. José sonrió desdeñosamente.

El astrólogo lo observó.

—Bien—continuó—sois jóven y valiente; vereis en el Porvenir, os diré lo que os guarda la fortuna, pero contadme algunas preguntas, con verdad, para saber vuestro, horóscopo.

D. José comenzaba á sentirse afectado.

—¿Os llamais?

—D. José de Mallades, caballero aragones.

El astrólogo pintó algo en un pergamino que estaba estendido sobre una mesa.

—¿Cuántos años contais?

—Treinta.

—Teneis partido en la corte en las bandas que la dividen?

D. José vaciló

—Aun es tiempo—dijo el astrólogo—si temeis todo se dará por terminado.

—No temo—dijo D. José—tengo partido; pertenezco al bando del príncipe mi señor, D. Juan de Austria.

—Bien—mostradme vuestras manos, por las palmas.

El astrólogo examinó las manos de D. José; luego escribió, trazó líneas rectas y círculos, signos cabalísticos, siempre pronunciado á media voz palabras estrañas.

—Jóven—esclamó el astrólogo conmovido, ¿tendreis valor para escuchar vuestra sentencia?

—Escusad preguntas importunas y hablad—dijo D. José emocionado á pesar suyo.

—Los astros—continuó el viejo—nada dicen favorable á vuestro porvenir.

—¿Moriré pronto?

—Sí.

—¿Y cómo?

—En el garrote.

D. José se puso densamente pálido.

—Mentís, porque soy noble, y á los nobles no se les puede dar garrote.

—Ante los astros no hay nobleza.

D. José calló y quedó pensativo: el astrólogo lo contempló un largo rato y luego como conmovido dijo:

—Yo quise evitaros este disgusto, porque saber el mal con anticipacion es sentirlo doble; pero vos lo habeis querido, vuestra suerte me apesa joven, y quiero ver de remediarla.

—¿Cómo? preguntó D. José alzando el rostro y mirando al viejo fijamente.

—¿Quereis un talisman? quizá os valga, aunque no es infalible.

—Dádmele—dijo el jóven.

El viejo abrió un armario, buscó allí largo rato, sacó un objeto y acercándose á D. José le dijo:

—Aquí le teneis: este talisman está formado bajo los auspicios del sol, el mayor de los planetas: es de oro purísimo de hungría, su forma como veis es redonda como la del sol; en un lado tiene un cuadrado compuesto de seis líneas de números, y contando estos números de un ángulo al otro en la forma de la cruz de San Andrés, suman ciento once, que es el número de estrellas que están bajo la dominacion de este planeta y que Dios le ha dado como súbditos: en el otro lado del talisman vereis la figura del sol radiante. Todos estos signos han sido grabados en el momento de la conjuncion de la luna, en el signo de Leon. Este talisman os procurara el favor y el cariño de los reyes y grandes de la tierra, que es de donde miro venir la sombra negra que mancha vuestro horóscopo.

El jóven tomó el talisman que el astrólogo le entregó envuelto en un pedazo de tela de seda verde; lo guardó cuidadosamente y sin hablar una palabra entregó una bolsa al astrólogo y se dispuso á salir.

—Jóven—dijo el astrólogo—en cualquier lance difícil en que os encontréis en la vida, os encargo que vengais á verme; yo os ayudare á conjurar el mal.

D. José, sin replicar, salió de la estancia.

Valenzuela le siguió, tomaron ambos sus sombreros y se encontraron á poco en la calle.

—Mucho os ha preocupado el astrólogo—dijo Valenzuela.

—Por mi fé que sí:—á pesar de que nada les creo á estos hombres.

—Pues entónces.....

—No sé lo que deciros, pero esto de oír anunciar la muerte en medio de la vida, es muy cruel.

Los dos siguieron conversando, y poco á poco se disipó la negra nube que pesaba en el espíritu de D. José, y al llegar cerca de la casa, ya reía como si nada hubiera pasado.

—Cerca estais ya de vuestra casa y os dejo—dijo Valenzuela.

—No quiero molestaros, y solo por eso me privo de vuestra compañía, sin suplicaros vayais hasta mi casa; pero mañana os aguardo.

—No faltaré: adios.

—El os guie.

Los dos jóvenes se separaron: D. José dirigióse á su casa, y Valenzuela se volvió apresuradamente para la habitacion del astrólogo.

La idea mas estraña le habia ocurrido en aquel instante.

## IV.

Refiérese quién era el astrólogo, y lo que con él habló D. Fernando de Valenzuela.



VALENZUELA volvió á la casa del astrólogo.

Durante la conferencia que este habia tenido con D. José de Mallades, D. Fernando creyó conocer la voz de aquel hombre.

D. Fernando habia estado otra vez con él, pero como entonces iba en busca de su horóscopo, y estaba naturalmente preocupado, nada advirtió; pero al volver por segunda vez, acompañando á Mallades, comenzó por creer que la voz del astrólogo le era no solo conocida sino familiar.

Notó luego que el rostro de aquel hombre tenia una frescura tan juvenil, que no correspondia á la avanzada edad que pretendian representar su barba y sus cabellos canos: además, brillaban sus ojos de una manera impropia en un anciano.

De aquí le vino el deseo de examinarlo con mas cuidado y conoció que la barba era postiza y llegó á mirar un mechón de pelo negro escapándose por debajo de la peluca.